



Jorge García

«¡Jesús está vivo!»

El padre Damián Bruyel Pérez, comboniano español, nos comparte su experiencia misionera durante Semana Santa en La Concepción Palencia, Guatemala.

El final de la película *Prefiero el paraíso* —¡preciosa! No dejen de verla—, sobre la vida de san Felipe Neri, es impresionante, y a no pocos de los que la hemos visto se nos empañaron los ojos con grandes lagrimones que se nos escaparon.

Se trata de la muerte del santo. Quienes conocen y aman a Felipe, sobre todo, pobres, niños y jóvenes, se encuentran en la calle o en sus casas orando por él; solo un sacerdote joven permanece sentado junto al lecho donde está agonizando el santo.

De repente, una niña de unos cinco años entra en la habitación y encuentra llorando al sacerdote; muy seria, se acerca a san Felipe y empieza a zarrandearlo diciendo: «¡Filippo, despierta! ¡Despierta Filippo!».

Ella llora, pero al ver que su amigo no se mueve, se le queda mirando un rato a los ojos, y entonces, ante la paz del difunto Filippo, la pequeña sonríe y empieza a bailar dentro de la habitación, gritando: «¡Filippo está vivo! ¡Filippo está vivo!».

Baja por las escaleras de la casa, llena de alegría, brincando con los brazos en alto y gritando



Damián Bruyel

Una tejedora chinanteca junto al padre Bruyel, quien desarrolló durante 16 años su labor misionera en México

a todos los que lloran por la agonía y muerte de su pastor: «¡Filippo está vivo!». Todos reaccionan y se llenan de inmenso gozo; se abrazan y brincan, La escena dura un largo rato, y la música del filme hace más emotivo el final. Un final que es el comienzo de una vida...

No se me había ocurrido comenzar esta carta con este testimonio, pero me vino a la mente al hacer memoria del gran acontecimiento que los discípulos misioneros de Jesús vivimos en tiempo de Pascua: «¡Cristo está vivo!», «¡Cristo vive!». El día de la resurrección del Maestro, las mujeres llegaron gritando al Cenáculo. Los discípulos desconcertados creían que ellas habían perdido el juicio. Pero al atardecer se les aparece el Señor, diciéndoles: «La paz sea con ustedes». No les echó en cara que lo dejaron solo cuando más los necesitaba. Solo Juan, la Virgen y algunas mujeres lo acompañaron. Les dijo varias veces: «La paz sea con ustedes».

Cuántas veces hemos cantado: «Mi Dios está vivo, Él no está muerto. Mi Dios está vivo en mi corazón. Mi Dios está vivo, ha resucitado, lo siento en mis manos, lo siento en mis pies, lo siento en mi alma y en mi ser». Pero, ¿de verdad lo siento en mi alma y en todo mi ser, es decir, en mi corazón? ¿De verdad siento y vivo lo que canto?

Las procesiones de Semana Santa son hermosas, conmovedoras, no cabe duda; pero algunos cristianos se quedan solo con ese Cristo camino de la cruz. Sus vidas no pasan de ahí: están tan

mueratas como esas imágenes que son transportadas a hombros. ¡Cómo me duele saber que durante Semana Santa muchos cristianos se van de vacaciones a la playa! Pareciera que le dan la espalda a su Señor crucificado. Pero Él, sin embargo, se atreve a salir a nuestro encuentro y decirnos: «La paz sea con ustedes». Ni una palabra de reproche. Solo consuelo: Paz con ustedes.



Cartel de la película *Prefiero el paraíso*

Pasé la Semana Santa en La Concepción Palencia, a 2 mil 600 metros de altura. Los campesinos y ganaderos están muy contentos en esta época de lluvia porque sus prados y sus campos reverdecerán, su ganado engordará, y sus habitantes se decidirán a vivir mejor y sonreír un poco más.

¡Bendiciones para todos!

P. Damián BRUYEL, mccj
La Concepción Palencia, Guatemala 



Sendas de nueva vida

*Escribo esta misiva desde la redacción de las revistas combonianas en la Ciudad de México. Tal vez esperaban una carta desde la lejanía de las misiones de África o Asia, pero la cercanía asidua a los lectores de **Esquila Misional** me anima a compartir esta experiencia pascual.*

Si quiere
seguir leyendo
suscríbese
aquí